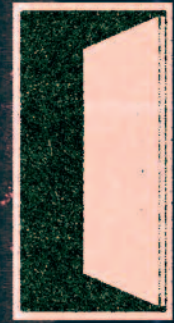


# Entre Gog y Magog

Los archiveros y la nueva profecía electrónica (I)

LUIS MARTÍNEZ GARCÍA

*A los archiveros siempre nos ha entusiasmado apuntarnos a cualquier tendencia que nos permita ser reconocidos como pilares fundamentales de la gestión administrativa y, de paso, que nos facilite salir del claustrofóbico sotanillo en el que habitualmente nos ubican el resto de funcionarios*



Tampoco hacemos ascos los archiveros a deshacernos, cuando así conviene, de la imagen erudita y polilla que, cual sambenito, nos impone la mayoría del género humano. Es una necesidad vital que casi nos transforma en conversos de los nuevos saberes y que nos impele a recibir, cual revelación sagrada, un nuevo capítulo insertado en el evangelio profesional. Esta actitud, en sí misma, no sólo no es negativa, sino que, al contrario, semejante afán de superación puede convertir nuestro quehacer en algo muy positivo. Pero tanta adhesión inquebrantable, esta falta de reflexión o este exceso de pasión en todo lo que acometemos, tiene como contrapartida que alguno de los principios y valores de la archivística, presuntamente inmutables y trascendentes, puedan ser fácilmente trastocados ante cualquier vicisitud externa.

Ahora la buena nueva la encontramos en el feliz hallazgo de la administración electrónica y su correspondiente archivo, electrónico también, que aparentemente nos va a permitir ascender a un Walhalla de incalculables posibilidades.

Aunque las dos benéficas leyes del año 2015, la 39 y la 40, regulan un archivo conservador y finalista, único lo denomina la primera, con la obligación de preservar, autenticar y disponer los expedientes, una vez resueltos y terminado el procedimiento administrativo, para procurar su consulta e integridad. Y al margen de un difuso texto en un artículo de la segunda, sobre la conservación a largo plazo de los documentos de acuerdo a las especificaciones sobre el ciclo de vida de los servicios y sistemas utilizados, sólo la inmersión en las políticas de gestión de documentos parece que puedan darnos alguna oportunidad para incorporarnos a la larga fila de escogidos israelitas rumbo hacia la nueva tierra prometida.

Al menos, es lo que nos dicen los profetas de la administración electrónica. Esos gurúes de la posmodernidad, nuevos innovadores y antiguos jurídicos, cubiertos con ese aire de eficacia y eficiencia en su gestión, que promueven los dogmas de la transparencia, la calidad y la participación, rodeados siempre de una pléyade de creyentes convencidos, archiveros ellos, que rezan hasta la extenuación porque

criminales ante la amplia brecha digital que por edad, formación y diversidad geográfica hay en nuestra nación. Y es que en palabras de un distinguido ex presidente de la región en la que habito, a veces en Madrid nadie es consciente que España no se parece en nada al Paseo de la Castellana.

En cualquier caso no se puede dudar de sus buenas intenciones. Sobre todo, cuando nos explican que somos una



sea cierto el halagüeño porvenir que nos anuncian. Y yo con ellos, pues no sólo no deseo que me cataloguen como uno de los especímenes con los que clasifican a aquellos dinosaurios-funcionarios que son reticentes a implantar la administración electrónica, sino que, a mayores, estoy convencido de la utilidad de la misma, que servirá para mejorar las relaciones con la ciudadanía y que ayudará a simplificar la gestión interna de las administraciones públicas.

Aunque no tenga claro en demasía que aquello que es sólo una herramienta instrumental necesite dotarse de tanta filosofía, también me pregunto si la doctrina y sus adoctrinadores son conscientes de la dificultad de implantarla sin dis-

de las patas del trípode que sostendrá la nueva venida electrónica, junto a ellos y los informáticos. Así, innovadores, tecnólogos y gestores de documentos seríamos la trinidad de un único cuerpo indiviso.

Lástima que seamos siempre un país de profundas contradicciones. Por eso resulta sorprendente que una de las más reconocibles portavoces de la nueva religión, alguien que afirma que somos absolutamente imprescindibles para la culminación de este proceso, labore como alta directiva en una organización en la que, hasta la fecha, no hay archivero en plantilla.

Todavía más atónitos nos deja la lectura del entramado intelectual construido por otro de nuestros profetas, habitual vendedor de uno de los productos

